

— Pobre muchacho, dijo la viuda de Couture, separando el cabello de Eugenio que, cubriéndole la frente, le caía en los ojos; es como una doncella, no sabe lo que es un exceso.

— Sin mentir puedo afirmar que en los treinta y un años que hace que tengo la casa, dijo la viuda de Vauquer, han pasado como quien dice por mi mano muchos jóvenes, pero ninguno tan guapo y tan elegante como el señorito Eugenio. ¡Qué hermoso está durmiendo!... Reclínelo la cabeza sobre el hombro de usted, señora. ¡Bah! Se le cae sobre el de Victorina: ya se ve que hay un dios para los pollos. Si se desvía un poco, se rompe la cabeza contra el boliche de la silla. La verdad es que harán una linda pareja.

— ¡Pero, vecina, vecina! Dice usted unas cosas...

— ¡Bah! dijo la de Vauquer, ahora no oye. Vamos, Silvia, ven á vestirme. Me voy á poner el corsé nuevo.

— ¡Señora, el corsé nuevo después de comer! repuso Silvia. Pues busque usted quien se lo apriete, porque no quiero matarla á usted. Cometerá una imprudencia que le puede costar la vida.

— Lo mismo me da. Hoy es preciso no dejar mal al señor Vautrin.

— ¡Mucho quiere usted á sus herederos!

— Vamos, Silvia; hablas demasiado, dijo la viuda saliendo del comedor.

— ¡A sus años! dijo la cocinera designando su ama á Victorina.

La señora de Couture y su pupila, en el hombro de la cual continuaba teniendo Eugenio reclinada la

cabeza, quedaron solos en el comedor. Los ronquidos de Cristóbal repercutían en la silenciosa casa, formando contraste con el tranquilo sueño de Eugenio que dormía con la agraciada tranquilidad de un niño. Satisfecha por poder permitirse uno de esos actos de caridad en los que se revelan todos los sentimientos de la mujer, y que hacía que ni por asomos creyera faltar al decoro sintiendo latir contra el suyo el corazón del joven, Victorina presentaba en su semblante una expresión maternalmente protectora que le daba cierto orgullo. Por entre los mil pensamientos que bullían en su corazón, sobresalía un impetuoso movimiento de voluptuosidad excitado por el contacto de ambos cuerpos animados por una sangre ardiente y pura. En la fisonomía de Victorina reflejábese cierto maternal sentimiento de protección. Sin duda se consideraba feliz permitiéndose uno de esos actos de caridad en los que se difunden todos los sentimientos del corazón femenino y al que debía el poder sentir, sin faltar al decoro, el corazón del mancebo latiendo junto al suyo.

— Pobre niña, dijo la viuda de Couture estrechándole la mano.

Admiraba la anciana aquel rostro cándido y dolorido, pero iluminado á la sazón por una aureola de felicidad. Semejábese Victorina á una de esas infantiles pinturas de la Edad Media en las que el artista descuidó los accesorios, reservando la magia de su severo é inspirado pincel para la amarillenta figura, en la que parece reflejarse el cielo con dorados matices.

— Sin embargo, no ha bebido más de dos vasos,

mamá, dijo Victorina pasando los dedos por entre los cabellos de Eugenio.

— Pues si fuese un vicioso, hija mía, hubiera resistido como los demás. Le enaltece su estado de embriaguez.

Oyóse en la calle el ruido de un carruaje.

— Mamá, dijo la joven, ya viene el señor Vautrin. Sostenga usted á Eugenio, haga el favor. No quisiera ser vista de esta manera por ese hombre; tiene expresiones que manchan el alma, y miradas que avergüenzan á una mujer como si la despojaran de su ropa.

— No, dijo la viuda de Couture, te equivocas. Vautrin es un buen hombre, algo parecido á mi difunto marido: brusco, pero bueno; rudo y adusto, pero de buen fondo.

En esto entró Vautrin muy despacio y contempló el cuadro formado por los dos jóvenes, al que la luz de la lámpara parecía dar mayor realce.

— Escenas como ésta, dijo cruzándose de brazos, hubieran inspirado hermosas páginas al buen Bernardino de Saint-Pierre, autor del *Pablo y Virginia*... ¡Qué hermosa es la juventud, señora de Couture!... Duerme, pobre niño, añadió contemplando á Eugenio, que algunas veces nos sorprende la fortuna mientras dormimos. Señora, repuso dirigiéndose á la viuda, lo que hace que yo quiera á ese muchacho y encamine hacia él mis simpatías es que su alma es tan hermosa como su rostro. ¡Vamos! ¿no parece un querubín reclinado en el hombro de un ángel? Bien merece que se le quiera, y si yo fuera mujer desearía

morir, mejor dicho vivir, porque no soy tan tonto, vivir para él. No puedo dejar de pensar al contemplarlos, dijo al oído de la de Couture, que Dios los ha hecho el uno para el otro.

Y añadió:

— La Providencia camina por caminos ocultos; sonda los deseos y los corazones. Imposible me parece, al ver unidas á estas dos criaturas por el mismo purísimo afecto y por todos los sufrimientos humanos, que esa unión no haya de continuar en el porvenir: Dios es justo. Pero, dijo á la joven, me parece haber visto en usted líneas de prosperidad. Déme su mano, señorita Victorina; entiendo algo de quiromancia y he dicho algunas veces la buenaventura. Vamos, no tenga usted miedo... Pero, ¿qué es lo que veo? A fe de Vautrin, que dentro de poco será usted una de las más ricas herederas de París y hará usted la felicidad del hombre á quien ama. Su padre de usted se la llevará consigo y se casará usted con un hombre de casa solariega, joven, hermoso, que la adora.

En aquel momento, los pesados pasos de la coqueta viuda que bajaba la escalera interrumpieron las profecías de Vautrin.

— Aquí tenemos á maama Vauquerre, hermosa como un astrro, liada como un salchichón. Confiese usted que le corta un poco la respiración, añadió poniendo la mano en lo alto del corsé; esto está muy apretado, y si llora usted hará explosión. Pero yo recogeré los pedazos con esmero de anticuario.

— ¡Es lo que se llama todo un francés galante! dijo la viuda inclinándose al oído de la de Couture.

— Adiós, niños, dijo Vautrin volviéndose hacia Eugenio y Victorina. Los bendigo, añadió extendiendo las manos sobre ellos... Créame, señorita; algo valen las bendiciones de un hombre honrado, por fuerza han de aportar la felicidad, Dios las escucha.

— Adiós, amiga mía, dijo la de Vauquer á su pupila. ¿Le parece á usted, añadió en voz baja, que tenga el señor Vautrin intenciones cerca de mi persona?

— ¡Psch!

— ¡Ah, querida madre, dijo Victorina suspirando y con los ojos bajos, luego que las dos quedaron solas, ¡si lo que el buen señor Vautrin dice fuera verdad!

— Poco se necesita para eso, respondió la anciana. ¡Conque el monstruo de tu hermano caiga del caballo...!

— ¡Oh, mamá!

— Quizás sea pecado desearle daño al propio enemigo, repuso la viuda. Bueno, pues cumpliré por ello alguna penitencia; por ejemplo, de todo corazón llevaré flores á su tumba. ¡Mal corazón! Ni siquiera se atreve á volver por la memoria de su madre, cuya herencia conserva, sin embargo, merced á mil enredos. Mi prima poseía una buena fortuna, pero por desgracia en el contrato matrimonial no se habló de sus bienes.

— Si mi felicidad se debiera á la muerte de alguien, yo no sería nunca feliz, dijo Victorina; de modo que si para ello es preciso que mi hermano deje de existir, prefiero vivir siempre en esta casa.

— En eso digo como ese señor Vautrin, que es tan

religioso y del que he sabido con mucho gusto que no es incrédulo como los demás, que hablan de Dios con menos respeto que el mismo demonio, añadió la viuda de Couture. ¿Quién puede conocer los caminos por donde nos conduce la divina Providencia?

Ayudadas por Silvia, las dos mujeres acabaron por transportar al estudiante á su cuarto y le echaron en la cama, donde la cocinera le desabrochó la ropa, con objeto de que respirara mejor. Victorina aprovechó, antes de salir, un momento en que su protectora se hallaba vuelta de espaldas para depositar un beso en la frente de Eugenio con toda la satisfacción que semejante amoroso pecado debía producir. Miró el cuarto del estudiante, recogió por decirle así en un solo pensamiento las mil felicidades de aquel día, reuniólas en un cuadro que contempló un buen espacio de tiempo, y se durmió persuadida de que no había en París criatura más feliz que ella.

La fiestecilla que sirvió de pantalla á Vautrin para administrar á Eugenio y á Goriot vino narcotizado, decidió el hundimiento de aquel hombre. Bianchon, casi ebrio, se olvidó de preguntar á la Michonneau por *Engaña-la-Muerte*. Si hubiera pronunciado este nombre, seguramente habría puesto en guardia á Vautrin, ó, para llamarle como es debido, á Santiago Collin, famoso presidiario. Además, la frase *Venus del Père Lachaise* decidió á la Michonneau á entregarlo á la justicia, precisamente en el momento en que, confiando en la generosidad de Collin, calculaba si no le tendría más cuenta decirle lo que había, dándole tiempo para que se evadiera durante la noche. Acababa

de salir acompañada de Poiret para ir en busca del célebre comisario de policía, á la callejuela de Santa Ana, siempre en la creencia de que tenían que habérselas con un alto empleado llamado Gondureau. Recibióla de buen grado el director de la policía judicial, al cual pidió, después de una conversación en que se precisaron las condiciones del negocio, la sustancia que había de servir para buscar en el cuerpo de Vautrin la marca del presidio. Por el gesto de satisfacción que hizo el gran hombre de la callejuela de Santa Ana al ponerse á buscar un frasquito en el cajón de su mesa, comprendió la solterona que el gobierno veía en aquella captura algo más que la detención de un simple forzado. Al cabo de vueltas y revueltas ocurriósele suponer que la policía, guiada por traidores que había en el presidio, esperaba llegar á tiempo de apoderarse de valores considerables. Comunicó su hipótesis á aquel viejo zorro, el cual, así que los oyó, sonrió y trató de desvanecer las sospechas de la Michonneau.

— No está usted en la positivo, contestó. Collin es la *Sorbona* más peligrosa que han tenido los ladrones en ninguna época. Esta es la verdad. Tan convencidos de ello están los bandidos que le consideran como su bandera, su sostén, su Bonaparte, para decirlo en una palabra; todos le quieren. No veremos caer en la plaza de Grève el *troncho* de ese mocito.

Quedábase á obscuras la Michonneau, y tuvo Gondureau que explicarle los dos palabras que había empleado. *Sorbona* y *troncho* son dos enérgicas expresiones del lenguaje de los bandidos, los cuales,

desde muy antiguo, habían comprendido la necesidad de considerar la cabeza humana bajo dos muy distintos aspectos. La *Sorbona* es la cabeza del hombre vivo, que piensa y aconseja. *Troncho*, en cambio, es expresión destinada á expresar lo poco que vale la cabeza, una vez cortada.

— Ese Collin nos trae á mal traer, añadió. Cuando tropezamos con uno de esos hombres de temple de acero, tenemos el recurso de matarle si en el momento de la detención ofrece la menor resistencia; y precisamente contamos con alguna violencia de Collin para quitarle de en medio mañana por la mañana. De este modo nos ahorramos el proceso, los gastos de custodia y de alimentación, y libramos á la sociedad de un enemigo. La instrucción de la causa, las indemnizaciones de los testigos, la ejecución y cuantos trámites marca la ley para deshacernos de esos malos bichos, todo eso cuesta un poco más de los tres mil francos que usted cobrará. Y también se economiza tiempo. Con un buen bayonetazo en la tripa de *Engaña-la-Muerte* evitamos un centenar de crímenes, é impedimos la corrupción de cincuenta pilletes que cuidarán muy bien de no dar motivos para que se les eche el guante. Esto es lo que se llama una buena policía, puesto que, según los mejores filósofos, de esta manera se evitan los crímenes.

— ¡Y además se sirve al país! dijo Poiret.

— ¡Hombre, esta noche dice usted cosas sensatas! Cierto que sí, que servimos al país. La sociedad, á la que tantos servicios, aunque casi todos ignorados, prestamos, nos juzga con demasiada severidad. Por

otra parte, el hombre superior debe mostrar que se halla muy por encima de las preocupaciones vulgares, y también todo cristiano debe aceptar las desdichas que el bien trae consigo cuando no se realiza, según ideas preconcebidas. ¡Es una palabra, París es París! Y esa palabra explica mi vida. A los pies de usted, señorita. Mañana estaré con mi gente en el Jardín del Rey ¹. Envíe á Cristóbal á la calle de Buffon, casa del señor Gondureau, donde yo estaba. Caballero, beso á usted la mano... Si alguna vez le roban á usted algo, venga usted á verme, que se lo buscaré; estoy á su disposición.

— ¡Qué amable es ese señor! dijo Poiret, y cuán sencillo es lo que le pide á usted... Pues todavía hay imbéciles que se sulfuran con sólo oír la palabra de policía.

Había de quedar el día siguiente como uno de los más sonados de la casa Vauquer, en la cual el suceso culminante, hasta el presente momento ocurrido, había sido la meteórica aparición de la supuesta condesa de Ambermesnil. Pero los acontecimientos del gran día próximo debían obscurecer á todos los demás, quedando como eterno tema de las conversaciones de la viuda de Vauquer.

Primeramente, Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once, y la patrona, que volvió de la Gaité á las doce de la noche, aun no se había levantado á las diez y media. El largo sueño en que Cristóbal quedó sumido después de haber apurado el vino

1. Nombre primitivo del *Jardín de Plantas*.

que Vautrin le regalara, retrasó el servicio de la casa. Poiret y la Michonneau no se quejaron del retraso del almuerzo, y en cuanto á Victorina y la viuda de Couture durmieron hasta bien entrada la mañana. Vautrin salió antes de las ocho, y volvió á la hora precisa de servirse el almuerzo. Nadie reclamó, pues, cuando Silvia y Cristóbal llamaron de puerta en puerta anunciando que el almuerzo estaba servido. Bajó la primera la solterona, y antes de que volvieran las criadas vertió el licor en el tazón de plata que pertenecía á Vautrin, y en el que la leche para su café calentábase al baño-maría, entre todos los demás: había contado de antemano con esta particularidad de la vida de la casa para dar el golpe.

No sin trabajo reuniéronse los siete pupilos. Cuando Eugenio bajaba, el último de todos, desperezándose, un mozo le entregó la siguiente carta de Delfina de Nucingen:

« No siento hacia usted, amigo mío, vanidad mal entendida ni cólera. Le he esperado á usted hasta las dos de la mañana. ¡Esperar al ser amado! Quien tal tormento haya sufrido no puede dárselo á nadie. Bien se conoce que ama usted por primera vez. ¿Qué le ha ocurrido? Estoy muy intranquila. Sin el temor en revelar los secretos de mi corazón, hubiera corrido á informarme de la desgracia ó de la fortuna que le retenía. Pero salir á tal hora, en coche ó á pie, ¿no era perderme? He comprendido la desdicha inherente á mi sexo. Tranquilíceme, explíqueme el por qué de su ausencia, después de lo que mi padre me dijo. Sin

duda me enfadaré, pero perdonaré. ¿Está usted enfermo? ¡Si no viviera usted tan lejos! Hasta muy pronto, ¿verdad? Si tiene usted quehaceres, me bastará una palabra que diga: «Voy en seguida» ó «Estoy enfermo». Por más que, si se hallara usted indispuerto, mi padre hubiera venido á decírmelo. ¿Qué ha sucedido?...»

— Si, ¿qué ha sucedido? exclamó Eugenio estrujando entre sus manos la carta, sin acabarla y precipitándose en el comedor. ¿Qué hora es? preguntó.

— Las once y media, respondió Vautrin, poniendo azúcar en su café.

El fugado de presidio dirigió á Eugenio una de esas miradas fascinadoras que son privilegio de ciertos hombres eminentemente magnéticos y que, según dice, calman, en los manicomios, á los locos furiosos. Eugenio tembló de pies á cabeza.

Oyóse el ruido de un simón que se detenía á la puerta; un criado vestido con la librea del señor Taillefer, y á quien la viuda de Couture reconoció en el acto, penetró despavorido en la estancia.

— Señorita, exclamó, su señor padre la llama... Ha ocurrido una gran desgracia. El señor Federico ha tenido un duelo y ha recibido una estocada en la frente; creen los médicos que no vivirá; apenas si podrá usted darle el abrazo de despedida, pues ya no tiene concimiento.

— ¡Pobre joven! exclamó Vautrin. ¿Pero cómo hay quien pueda buscar cuestiones teniendo treinta mil francos de renta bien saneaditos. Ya veo que la gente

joven no sabe conducirse en la vida como es debido.

— ¡Caballero! le gritó Eugenio.

— ¿Qué es ello, gran simplón? dijo Vautrin acabando de beber tranquilamente su café (operación que la Michonneau seguía con una atención tal que no la permitía estar en lo demás que en torno suyo ocurría). ¿A caso no hay todos los días duelos en París?

— La acompaño á usted, Victorina, decía la viuda de Couture.

Y se precipitaron hacia la calle aquellas dos mujeres, sin sombrero ni chal. Victorina, al salir, miró á Eugenio, como diciéndole: «¡No pensaba que nuestra felicidad hubiera de costarme lágrimas!»

— Voy á creer que es usted profeta, señor Vautrin, dijo la patrona.

— Soy de todo, replicó Collin.

— ¡Qué cosa más extraña! volvió á decir la de Vauquer, ensartando, á propósito de aquel suceso, una porción de frases insignificantes. La muerte nos sorprende sin avisarnos, y muchas veces mueren los jóvenes antes que los viejos. Las mujeres tenemos la ventaja de no estar sometidas á la ley del duelo; en cambio padecemos muchas enfermedades de que están libres los hombres. Parimos, y luego nos duran mucho tiempo las consecuencias. ¡Qué fortuna la de esta Victorina! Porque ahora el padre tiene que adoptarla.

— Así son las cosas, dijo Vautrin mirando á Eugenio: ayer no tenía un céntimo, y ahora posee millones.

— ¡Vamos, don Eugenio, que no ha tenido usted mala mano para elegir novia! exclamó la de Vauquer.

Al oír esto, Goriot miró al estudiante, y viendo en su mano la estrujada carta, le dijo:

— ¡No la ha acabado usted de leer! ¿Qué significa esto? ¿Será usted como los demás? le preguntó.

— Señora, nunca me casaré con la señorita Victorina, dijo Eugenio dirigiéndose á la patrona con tal acento de horror y repugnancia, que á todos sorprendió.

Papá Goriot cogió una mano del estudiante y se la estrechó: hubiera querido besársela.

— ¡Hola, hola! exclamó Vautrin. Los italianos dicen en casos como éste una palabra muy justa y muy filosófica: *Col tempo*.

— Espero la contestación, manifestó á Rastignac el enviado de Delfina.

— Diga usted que iré.

El hombre se fué. Eugenio hallábase en tal estado de irritación, que no podía ser prudente.

«¿Qué hacer, se decía hablando consigo mismo, pero en voz alta. ¡No hay pruebas!...»

Vautrin se sonrió. La substancia ingerida comenzaba á dejar sentir sus efectos, pero era tan robusto el presidiario, que se levantó, miró á Eugenio, y le dijo con voz cavernosa:

— Joven, la fortuna suele venir mientras dormimos. Y cayó al suelo como herido por un rayo.

— ¡Existe, pues, una justicia divina! exclamó Eugenio.

— ¿Qué le pasa al pobre señor Vautrin?

— ¡Un ataque de apoplejía! exclamó la Michonneau.

— ¡Silvia; corriendo, á buscar un médico! dijo la viuda. ¡Don Eugenio, vaya usted en seguida á casa del señorito Bianchon, por si no encuentra Silvia en casa á nuestro médico, el señor Grimpe!

Rastignac aprovechó con júbilo aquella oportunidad de abandonar la espantosa caverna, y se marchó apresuradamente.

— Cristóbal, vete inmediatamente á la botica á ver si te dan algo contra la apoplejía.

Cristóbal fué.

— A ver, señor Goriot, ayúdenos usted á llevarle allá arriba, á su habitación.

Vautrin fué agarrado, transportado por la escalera y colocado encima de su cama.

— Yo no puedo ser á ustedes de ninguna utilidad; me voy á ver á mi hija, contestó el interpelado.

— ¡Viejo egoísta! exclamó la señora de Vauquer; anda, te deseo que mueras como un perro.

— Vaya usted á ver si tiene éter, dijo á la patrona la Michonneau, quien, ayudada por Poiret, había desabrochado á Vautrin la ropa.

La Vauquer obedeció, dejando á la solterona dueña del campo de batalla.

— ¡Vamos, quítele usted la camisa y vuélvale de espaldas pronto! ¡Evítame usted ciertas desnudeces; sirva usted para algo, hombre, y no se quede usted en babia!

Vuelto Vautrin de espaldas, aplicóle la Michonneau en el hombro una fuerte palmada, y las dos letras fatales se dibujaron blancas en fondo colorado.

— ¡Caramba, y qué pronto se ha ganado usted la

gratificación de tres mil francos! exclamó Poiret, teniendo sentado á Vautrin mientras la Michonneau le ponía la camisa. ¡Lo que pesa! añadió acostándole.

— Silencio. ¿Tendrá por aquí alguna caja con dinero? dijo vivamente la solterona cuyos ojos parecían atravesar la pared, tal era la avidez con que examinaba los más insignificantes muebles del cuarto. ¡Si se pudiera abrir ese pupitre bajo un pretexto cualquiera! añadió.

— Quizá estuviese eso mal hecho, respondió Poiret.

— No, el dinero robado, por haber sido de todos no es de nadie. Pero nos falta tiempo, dijo. Ahí sube la Vauquer.

— Aquí está el éter, dijo ésta entrando. Este sí que es el día de las aventuras. Pero, ¡Dios mío, este hombre no puede estar enfermo! ¡Si tiene la piel blanca como la de un pollo!

— ¿Como la de un pollo? repitió Poiret.

— Su corazón late normalmente, dijo la viuda poniendo la mano en el pecho de Vautrin.

— ¿Normalmente? dijo Poiret admirado.

— No hay cuidado.

— ¡Claro, como que parece que está dormido! Silvia ha ido á buscar al médico. Oiga, señorita Michonneau, mire lo que hace con las narices al sentir el éter. ¡Bah! No es más que un *pasmo* (espasmo). Tiene bueno el pulso. Es fuerte como un turco. ¡Mire usted qué alzado tiene el estómago! ¡Es hombre para vivir cien años! Nada, y la peluca no se le cae. Como que la tiene pegada. Y tiene el pelo de otro color; lo tiene

rojo. Dicen que todos los que tienen el pelo rojo son buenos ó malos. ¿Será éste de los buenos?

— ¿Bueno para colgado? dijo Poiret.

— Querrá usted decir colgado del cuello de una linda mujer, exclamó vivamente la Michonneau. Váyase usted, señor Poiret. Á nosotros nos corresponde cuidarlos á ustedes cuando están enfermos. Además, añadió, para lo que usted sirve, aunque se vaya usted de paseo, maldito lo que se pierde. La señora y yo sabremos cuidar muy bien al señor Vautrin.

A la chita callando escurrióse el señor Poiret, como perro á quien su amo pega un puntapié. Rastignac había salido para pasear y tomar el aire, porque se ahogaba. Había querido evitar, desde la víspera, aquel crimen cometido á hora fija. ¿Qué había sucedido? ¿Qué iba á hacer? Temblaba por creerse cómplice, y todavía le aterraba la sangre fría de Vautrin.

— Si ocurriera todavía que Vautrin muriera sin habla, decía Rastignac.

Andaba al través de las avenidas del Luxemburgo como perseguido por una trailla, pareciéndole escuchar el ladrido de los perros.

— ¡Hola! le gritó Bianchon. ¿Has leído *el Piloto*?

El Piloto era un periódico radical dirigido por el señor Tissot, y que hacía, algunas horas después de los periódicos de la mañana, una edición especial para provincias, conteniendo noticias del día, lo que le permitía anticiparlas veinticuatro horas á sus lectores.

— Habla de un suceso interesantísimo, dijo el interno del hospital Cochin. El hijo de Taillefer se ha batido en duelo con el conde Franchesini, oficial de

la guardia antigua, el cual le ha metido dos pulgadas de acero en la frente. De modo que ahí tienes á Victorinita convertida en uno de los mejores partidos de París. ¡Caracoles, y quién hubiera podido prever tal cosa! ¿Dónde hay un treinta y cuarenta como la muerte? Dime, ¿es verdad que Victorina te mira con buenos ojos?

— Cállate, Bianchon; nunca me casaré con ella. Estoy enamorado de una mujer preciosa que me quiere y que...

— Dices eso como si te esforzases en desviarte del camino de la infidelidad. Muéstrame una mujer que valga el sacrificio de la fortuna de Taillefer.

— ¿Se habrán juramentado todos los demonios para perseguirme? exclamó Rastignac.

— ¿Pero qué tienes? ¿Estás loco? Dame la mano, dijo Bianchon, y deja que te tome el pulso. Tú tienes fiebre.

— Ve á casa, dijo Eugenio, porque ese bribón de Vautrin está como muerto.

— ¡Ah! dijo Bianchon, dejando solo á Rastignac. Me confirmas sospechas que quiero comprobar.

Solemne fué el paseo del estudiante de derecho. Dió, por decirlo así, una vuelta alrededor de su conciencia; y si escarbó en su propia conciencia, si la examinó, es cierto que su honradez salió de esta severa y terrible prueba endurecido como una barra de hierro después de sometida á la acción del fuego. Recordó las confidencias que la víspera le había hecho el tío Goriot y lo que éste le dijera del nuevo cuartito de la calle de Artois; sacó del bolsillo la carta, la leyó y la besó.

— Semejante amor es mi áncora de salvación, pensó. ¡Cuánto ha sufrido el corazón de ese pobre viejo! Aunque nada dice de sus dolores, ¿quién no los adivina? Pues bien, le cuidaré como si fuese mi propio padre y le procuraré cuantas satisfacciones pueda. Si ella me amá, vendrá muchas veces á mi casa á pasar el día con él. Esa condesa de Restaud es una infame capaz de hacer de su padre un portero. ¡Querida Delfina! Es más cariñosa para el pobre viejo, es digna de ser amada. ¡Ah! esta noche seré feliz.

Sacó el reloj y estuvo admirándolo.

— ¡Qué suerte he tenido en todo! Cuando se tiene la seguridad de amar y de ser amado para siempre, es lícito ayudarse mutuamente, luego puedo recibir esto. Además, como al fin llegaré, puedo devolver ciento por uno. En esta unión no hay crimen ni nada que pueda producir el menor escrúpulo á la más severa virtud. ¡Cuántas personas muy honradas contraen uniones semejantes! Nosotros no engañamos á nadie; y lo que envilece es la mentira. Mentir, ¿no es abdicar? Está desde hace tiempo separada de su marido; y, por otra parte, yo mismo le diré á ese alsaciano que me ceda una mujer á la que él no puede hacer feliz.

Mucho tiempo duró la lucha que Rastignac sostenía consigo mismo; y aunque al fin vencieron sus juveniles virtudes, sintióse arrastrado por una insuperable curiosidad, á eso de las cuatro y media, al anochecer, hacia la casa de huéspedes, de la que á sí propio se prometía salir para siempre. Quería saber si había muerto Vautrin.